

pasar junto á Cleopatra y llevó á sus labios la mano que ésta le tendía.

Si la hermosa mujer hubiera reprochado algo á su marido, si hubiera hablado alguna palabra, ahora que estaban solos (Cleopatra se marchó apresuradamente) podría haber discutido mister Dombey. Pero no; no tenía ni este recurso Dombey: no podía hacer nada para defenderse del desdén increíble, del menosprecio profundísimo con que su mujer se sentó frente á él, mirándole y luego retirando su mirada como si le fuera indiferente hasta el tenerle en su presencia. Aquella resolución inflexible, aquella concentración de orgullo, le dejaron completamente aterrado.

¿Fué harto cobarde para ir, una hora después, á ponerse en acecho de su mujer, en la escalera, en el mismo sitio desde donde vió, años atrás, á Florencia subiendo despacito con Pablo? ¿Ó fué nada más que una casualidad el que se encontrara en aquel sitio y viera salir á Edith del gabinete de Florencia, llevando una luz en la mano á cuya claridad distinguió que el rostro, para él altanero, había cambiado de expresión?

Pero, por cambiado que estuviera aquel rostro aun lo estaba más el de Dombey. Nunca, ni aun en su más alto grado de engreimiento y de pasión, conoció Dombey una sombra tan densa como la que cayó sobre él la noche de su vuelta, cuando estuvo sentado en el rincón oscuro. Pero aun tenía que ennegrecerse más esta sombra, en este otro momento al mirar á Edith, saliendo del gabinete de Florencia.

CAPÍTULO XXXVII

VARIAS ADVERTENCIAS VALEN MÁS QUE UNA

Florencia, Edith y mistress Skewton estaban juntas al día siguiente, y el carruaje las esperaba á la puerta. Withers, como ya no tenía que empujar el sillón de ruedas, engordaba. Su única ocupación era estar detrás de la silla de su ama, mientras ésta comía, tieso y vestido con una chaquetilla color de buche de paloma y un pantalón marcial. Tenía bien dado de pomada el pelo, usaba guantes de cabritilla y olía á agua de Colonia.

Estaban en el cuarto de Cleopatra. La serpiente del Nilo (sea dicho con respeto) estaba en el sofá, saboreando el chocolate del desayuno á las tres de la tarde. Flowers la doncella, se ocupaba en acomodar los vuelillos y escotes al juvenil traje de su ama, en dar la última mano al tocado plantando el sombrero de terciopelo, de color de melocotón, con rosas que agitaba la parálisis como si fuera suave brisa.

— Me parece que estoy algo nerviosa esta mañana Flowers — dijo mistress Skewton — me tiemblan las manos.

— Ha sido usted el alma de la recepción, ayer no-

che — dijo la doncella — y no tiene nada de particular que esté usted cansada.

Edith se había aproximado á la ventana con Florencia y vuelta de espaldas á su madre no atendía á sus arreglos de vestirse. Pero de pronto Edith se retiró de la ventana, dejando de mirar á la calle, como si la hubiese impresionado un relámpago.

— Hija — exclamó lánguidamente Cleopatra — ¿estás nerviosa tú también? A ver si tú, querida Edith, que tienes tanta posesión de ti misma vienes á ser víctima de los nervios, como tu desgraciada madre... Withers, hay alguien en la puerta.

— Una tarjeta, señora — dijo Withers presentándola á mistress Dombey.

— Voy á salir — repuso Edith sin mirar siquiera la tarjeta.

— Querida mía, — dijo mistress Skewton — no sé cómo puedes contestar de ese modo sin ver de quien es la tarjeta. Déme aca, Withers... ¡Oh, querida! es el señor Carker, ese señor tan delicado...

— Voy á salir — repitió Edith en tan imperioso tono á Withers que éste se precipitó hacia la puerta y gritó al otro criado que estaba en la antesala : « la señora va á salir y no recibe : ¡largo! »

Pero el criado de la antecámara volvió de nuevo á parlamentar con Withers y éste, aunque de mala gana tornó á mistress Dombey diciéndola :

— Dispense usted, señora, pero mister Carker insiste en presentar á usted sus repetos pidiéndola el favor de que le oiga un momento, para un asunto.

— Verdaderamente, hija — dijo mistress Skewton con su tono más expresivo, pues Edith parecía amenazadora — si me permites que exponga mi opinión, creo que debes...

— Que pase — mandó Edith. Y mientras que Withers salió á dar el recado, Edith añadió hablando á su madre. — Puesto que usted dice que le reciba, le mando pasar aquí, á su cuarto.

— ¿Me retiro, mamá? — preguntó Florencia dudando si debería marcharse.

Edith hizo señal afirmativa; pero en el instante de salir Florencia entraba Carker, de modo que se encontraron en la puerta. Carker la saludó en el tono mezcla de familiaridad y de indulgencia que ya había usado otra vez con ella, preguntándola cómo estaba desde la noche precedente, aunque bien se veía que estaba perfectamente y no había para qué preguntárselo, dado su buen semblante : que estaba muy cambiada desde la última vez que había tenido el honor de encontrarla y así lo había advertido en la fiesta. Á todo esto tenía Carker la puerta abierta para dejar paso á Florencia : sus maneras eran muy finas, pero dejaban entrever un aire de superioridad, de triunfo.

Entró Carker, se inclinó con toda reverencia al tomar la mano que, condescendiente, le dió mistress Skewton y saludó en seguida á Edith. Casi no contestó ésta al saludo; no miró á Carker y sin invitarle á que se sentara esperó á que explicara su visita.

Fortificada en su amor propio, tenía confianza en el poderío de su voluntad; pero, á pesar de esto, tenía también el presentimiento de que con Carker desde el primer día su madre y ella habían jugado á cartas vistas. Persuadida estaba de que Carker leía en su vida como en un libro abierto y de que por muy altiva é imperiosa que apareciese, por muy humilde que se presentase aquel hombre, estaban los papeles cambiados y la superioridad y el triunfo eran de él y, aunque lo disimulase, lo sabía.

— Me he permitido — dijo Carker — solicitar esta entrevista y he añadido que era para un asunto porque...

— Tal vez tiene usted encargo de comunicarme alguna reprensión, de parte de mister Dombey — dijo Edith. — No me sorprendería absolutamente nada.

— Señora — contestó mister Carker — no estoy encargado de mensaje ninguno para quien tanto ilustra el elevado nombre que lleva; lo que yo la ruego es que sea justa con este humilde servidor, simple dependiente de mister Dombey y suplico que tenga la amabilidad de hacerse cargo de mi situación obligado á obedecer y por consiguiente en la imposibilidad de sustraerme á una sensible escena que de ningún modo hubiera querido presenciar.

— Querida Edith — dijo Cleopatra en voz baja y dejando de mirar á Carker con sus lentes de mango — es una atención estimable por parte de este caballero... como se llame. Tiene corazón.

— En verdad — dijo Carker volviéndose hacia mistress Skewton para mirarla con agradecimiento — si he dicho sensible escena ha sido pensando en mí mismo y por lo que me ha hecho sufrir el presenciarla. Por lo demás está claro que una discordancia tan insignificante entre quienes concuerdan por tantos títulos, con tan grande adhesión y recíproco desinterés, una desavenencia de tal manera pasajera y sin fundamento no merece siquiera el calificativo de sensible. Mistress Skewton lo manifestó así anoche mismo con tanta veracidad como sentimiento.

Edith no se decidió á mirarle, pero le dijo :

— Su asunto es...

— Edith, hija mía — interpuso mistress Skewton.

El señor Carker está de pie. Siéntese usted, señor Carker, siéntese.

No contestó á la madre : fijó la vista en la hija y esperó á que ésta dispusiera, significando que estaba á sus órdenes. Edith, á pesar suyo, hizo señal á Carker de que se sentara y también ella se sentó. La acción fué enteramente fría, altiva, casi insolente por la falta de consideración que revelaba ; pero en suma, era una concesión arrancada á Edith : bastaba con esto. Carker tomó asiento.

— Séame permitido, señora — dijo mister Carker dirigiendo la palabra á mistress Skewton al mismo tiempo que enseñaba sus dientes — someter al excelente juicio de usted la necesidad en que estoy de confiar exclusivamente á mistress Dombey lo que tengo que decir ahora ; por supuesto que mistress Dombey quedará siempre libre de comunicárselo á usted, si tal es su deseo y si la natural y absoluta confianza que en usted tiene á ello la induce.

Mistress Skewton iba á retirarse, pero su hija la detuvo. Ya se disponía Edith á exigir de Carker una explicación inmediata y sin ambages, cuando éste en voz baja la dijo :

— Miss Florencia, la señorita que acaba de salir de este cuarto...

Entonces Edith le dejó continuar y le miró con gran fijeza. Carker se acercó un paso más á ella, siempre con ademán de sumisión y de respeto, sonriéndose y dejando ver sus dos filas de dientes.

— La posición de miss Florencia — dijo Carker — ha sido muy poco afortunada. Tengo suma dificultad en hablar de este asunto con usted, que profesa al padre de esta señorita un cariño tan legítimo como intenso. No quisiera yo pronunciar la menor palabra

que pudiese ocasionarla, ni remotamente, una molestia, pero la adhesión que debo, por todos conceptos, á mister Dombey, mi admiración á su carácter, quizás me autorizan á decir, sin que haya la más leve ofensa para su tierna esposa, que miss Florencia ha estado, desgraciadamente, bastante descuidada por su señor padre. Séame permitido decirlo : por su señor padre.

— Ya lo sé — contestó Edith.

— ¿Usted lo sabe? — dijo Carker como aligerado de un peso — una montaña se me quita de encima. Tal vez conozca usted también de qué manera se inició este abandono y en qué fase del orgullo... del carácter, quiero decir, de mister Dombey.

— Puede usted omitir todo eso — repuso Edith. — Dígame, de una vez, qué objeto tiene su visita.

— Bien veo, señora, que mister Dombey no necesita justificación para con usted. Con este mismo criterio, señora, puede usted apreciar mis pensamientos y así no dudo que me perdonará aunque pudiera parecer excesivo el interés que me inspira mister Dombey.

Duro era para el orgulloso corazón de Edith el encontrarse frente á frente de Carker oyéndole fundamentar razones en la falsedad del juramento prestado por ella al pie de los altares. ¡Cuánta vergüenza, qué remordimiento y pasión luchaban en su pecho al encontrarse delante de Carker envuelta en la majestad de su hermosura, pero sabiendo que era ella la vencida!

— Miss Florencia — añadió mister Carker — abandonada á los cuidados, si es que merecen este nombre, de la servidumbre asalariada é inferior, es natural que careciera de los consejos y de la buena dirección que su infancia necesitaba. De esta manera en algunas indiscreciones olvidándose, hasta cierto

punto, de su elevado nacimiento. Así ha tenido una bobería de noviazgo con un tal Wálter, un chico de la calle, un desgraciado que afortunadamente se ha muerto. Ha tenido también unas relaciones de amistad, verdaderamente deplorables, siento mucho decirlo, con cierto marinero, un patrón de cabotaje de reputación mucho menos que buena y, en fin, con un viejo negociante insolvente, que ha desaparecido.

— Conozco todo eso, señor mío — dijo Edith mirando desdeñosamente á Carker — y sé que está usted alterando la verdad, quiero suponer que por ignorancia de los hechos.

— Perdone usted — repuso Carker — creo, al contrario, que nadie conoce mejor esos hechos que yo. La generosidad de usted, señora, ese natural bondadoso que toma la defensa de un esposo ensalzado y querido, esa nobilísima condición merece mis mayores respetos: me inclino ante ella. Pero, en cuanto á los hechos, en sí mismos, al asunto para el que solicito la atención de usted, no tengo duda, pues me he informado correspondiendo á la confianza que mister Dombey tiene depositada en mí y á su amistad, pues me honra dándome también el nombre de amigo. Por estas consideraciones y aun si usted quiere suponerlo (deseo no incurrir en su desagrado) con el propósito de demostrar mi diligencia y la utilidad de mis servicios, me he informado, repito y para esto me he servido de otras personas de mi confianza: de modo que tengo yo, en mi mano, muchas y minuciosas pruebas.

Edith miró á la boca que acababa de hablar y vió que la maldad salía, como la ponzoña del reptil, por cada uno de los dientes.

— Perdone usted, señora — continuó mister Car-

ker — me hallo indeciso y en esta perplejidad mía vengo á pedir á usted consejo, á consultar su parecer. Creo haber observado que se toma usted muchísimo interés por miss Florencia...

¿No era esto decir á Edith que la tenía en observación y la estudiaba? Humillada ante este pensamiento, se mordió Edith los labios con fuerza y contestó á Carker con una inclinación afirmativa.

— Este interés, señora, que va unido, es de toda evidencia, al de mister Dombey, me induce á no decir á éste ni una palabra de cuanto sé y me consta que él desconoce. La verdad es que siento muy aminorada mi fidelidad en este punto : en este concepto, si usted cree que debo seguir callándome, no quebrantaré mi silencio.

Edith levantó la cabeza y miró á su interlocutor rencorosamente. Mister Carker acogió esta mirada impasible y con su tono respetuoso añadió :

— Decía usted que yo alteraba la verdad por no conocer bien los hechos. No, no he dicho sino lo que es enteramente cierto. Pero supongamos que todo ello es erróneo. Pues bien, aun en este caso, inocentemente podría continuar miss Florencia sus comunicaciones con dichas personas y aunque esta relación sea insignificante, estoy seguro de que mister Dombey la consideraría muy en serio. Y como ya está mister Dombey en malísima disposición de ánimo, daría algún paso desagradable (sé que en otra ocasión pensó en ello) de manera que se separaría de su hija y la despediría de su casa. Perdóneme usted, señora, y tenga presente cuál es mi conocimiento de mister Dombey, á quien trato casi desde mi infancia; si digo que la naturaleza de su carácter, la voluntad inflexible, su noble orgullo, constituyen en él, por sus prepor-

ciones, casi un defecto, no creo exagerar en nada : ante la voluntad de mister Dombey tenemos todos que inclinar la cabeza; mister Dombey no es un hombre terco, es un hombre inflexible y va siéndolo más, de día en día, de año en año.

Edith escuchó aquellas palabras comprendiendo que aquella exposición de la necesidad de someterse al arbitrio de mister Dombey se dirigía á ella. Su respiración oprimida, el gesto de sus labios, dieron á comprender á Carker que Edith había entendido.

— El incidente, insignificante, de anoche — añadió Carker — si me permite usted que aluda á esto, prueba la exactitud de mis juicios. « Dombey é Hijo » no conoce ni tiempo, ni lugar, ni estación : todo lo allana. Pero no puedo menos de estar agradecido á una circunstancia gracias á la cual puedo hablar hoy con mistress Dombey de este asunto. Justamente cuando más preocupado estaba yo por esta cuestión, me llamó mister Dombey á Leamington. Allí tuve el honor de ver á usted por primera vez; y ciertamente, desde el primer momento comprendí que estaba usted llamada á ocupar un lugar preeminente en el corazón de mister Dombey, por dicha suya y por dicha de usted también. Entonces me resolví á esperar la instalación de ustedes aquí, para llevar á cabo esta diligencia, que ahora estoy realizando. No creo faltar á mi deber para con mister Dombey al tener esta confianza con usted y depositarla en su corazón. Cuando dos personas no constituyen por el vínculo del matrimonio más que un solo corazón y un solo espíritu, como en el caso actual sucede, una puede representar muy bien á la otra. Es igual que me dirija á usted ó que me dirija á mister Dombey. He preferido dirigirme á usted por las razones que ya he

expuesto. ¿Me hace usted, señora, el honor de aceptar esta confidencia y podré considerarme, en consecuencia, extento para lo sucesivo de toda responsabilidad en la materia?

No se le olvidó en mucho tiempo la mirada que Edith le dirigió; ¿quién hubiera sido capaz de olvidarla? Ni tampoco se le borró de la memoria la lucha que Edith tuvo consigo misma. Por último Edith dijo:

— Acepto, caballero. Puede usted considerarse libre de toda responsabilidad en la materia.

Carker se levantó y saludó despidiéndose de Edith con muestras del mayor respeto. Pero Withers, que le encontró en la escalera, quedó sorprendido de la blancura de los dientes y del júbilo de la sonrisa de Carker. Y al pasar en su caballo blanco al trote por las calles, la gente tomaba al caballero por un señor dentista. Á Edith, al verla en su carruaje la tomaba la gente por una gran señora, tan feliz como rica y bella; pero era porque no la habían visto poco antes en su gabinete, sola; porque no la habían oído estas tres palabras: ¡Oh, Florencia, Florencia!

Mistress Skewton medio echada como de costumbre en el sofá y tomando, como hemos dicho, el chocolate, no había hecho caso de la conversación entre Edith y Carker: se trataba de asuntos, palabra que ella aborrecía y que había borrado de su vocabulario, dando lugar, con este desconocimiento, á la ruina de diversas modistas y otros proveedores que con ella trataron. Mistress Skewton no tuvo curiosidad alguna. Y además, bastante preocupada estaba con su sombrero de terciopelo, de color de melocotón, empingorotado en su moño. Empeñado en separarse de su ama, en cuanto ésta puso los pies en la calle, á duras penas se resignó á no seguir la corriente del

viento. Ya dentro del carruaje reapareció la parálisis, con su temblor de brisa, entre las rosas de artificio. No se encontraba mistress Skewton en estado de curiosear ni de hacer preguntas.

Al llegar la noche aun estaba peor mistress Skewton. Edith la esperó en su gabinete, vestida, más de media hora. Mister Dombey, paseándose por el salón, se impacientaba, con la mayor solemnidad (los tres se hallaban invitados á comer). De pronto Flowers, pálida y asustada, se presentó á mistress Dombey diciéndola:

— Señora, yo no sé lo que ocurre. No puedo con su señora madre.

— ¿Qué dice usted? — preguntó Edith.

— Yo no lo sé, señora — contestó la espantada doncella. — Está haciendo muecas.

Edith corrió al gabinete de su madre. Cleopatra estaba de toda gala, con sus brillantes, sus mangas cortas, su colorete, dentadura y demás arreos juveniles, completos. Pero no por esto se había engañado la parálisis que, conociendo bien su dirección, cayó sobre su presa justo cuando ésta se estaba mirando al espejo: así quedó por tierra la víctima lo mismo que una horrible muñeca rota al caerse.

Recogieronla, no sin rubor, pieza por pieza y acostaron lo poco que de positivo quedaba. Vinieron los médicos: administraron enérgicos remedios: la opinión facultativa fué que la enferma se salvaría de este ataque; pero que si le repetía otro, era cosa perdida. En la cama se estuvo Cleopatra, días y días, sin recobrar el uso de la palabra, mirando al techo. A veces emitía unos sonidos articulados cuando la preguntaban si conocía á los presentes: otras veces no hacía ni el más pequeño gesto, ni pestañeaba siquiera.

Por fin empezó á recobrar el conocimiento y hasta comenzó á poderse mover algo, aunque sin hablar. Un día recuperó el uso de la mano derecha y haciendo señas á la doncella, que no se apartaba de su lado, llegó á explicar que quería un papel y un lápiz. Dióselos inmediatamente la criada, pensando que la pobre señora querría escribir su última voluntad; y como mistress Dombey había salido no pudiendo prevenir á nadie de aquel transcendental acontecimiento se quedó ella sola esperando con emoción profunda.

Después de muchas tentativas infructuosas trazó la enferma unas letras muy atravesadas y grandes que parecían caídas aquí y allá sin concierto ninguno y que decían :

« Cortinas color rosa. »

La doncella se quedó mirando el documento espantada, sin comprender su oculto sentido. Entonces Cleopatra corrigió el manuscrito añadiéndole tres palabras :

« Cortinas color rosa por los médicos. »

Al fin pudo comprender la criada el misterio : aquello quería significar que Cleopatra deseaba cortinas de color de rosa en su cama, para que el reflejo favoreciera su semblante y resultara más agradable ante los médicos. Como las personas de la casa que conocían mejor á Cleopatra estuvieron de acuerdo en que esta era la interpretación acertada y como la misma interesada dió á entender que, en efecto, era aquello lo que quería decir, se pusieron las deseadas cortinas : desde entonces empezó á mejorar la enferma, de hora en hora y no tardó mucho en levantarse, cogido el pelo en rizos, puesto un gorrito adornado con lazos y envuelta en una bata ; sin omitir el colorete en las cavernosas mejillas.

Era verdaderamente horrible el ver á aquella vieja haciendo arrumacos á la muerte, lo mismo que si se tratara del comandante. Pero la alteración de su inteligencia, consecutiva al ataque de parálisis, daba también materia para reflexionar y no era menos lúgubre.

Sea que la perturbación de sus facultades la hiciera ser más falsa y sagaz que antes, sea que desde entonces confundiera lo que realmente había sido y lo que aparentaba ; sea que sintiera remordimientos por su vida pasada ó que todo ello no fuera más que un efecto de la misma dolencia, de todos modos y cualquiera que fuese la causa, es lo cierto que se presentaron en Cleopatra estos síntomas : excesiva exigencia en punto á los respetos y consideraciones que á su parecer debía guardarla Edith : sentimiento extremado de su valer, haciendo ella su propio elogio en cualquiera ocasión y proclamándose la mejor de las madres : celos por el cariño de Edith, y protestas de los sacrificios que por ella había hecho, incluso alusiones al matrimonio con mister Dombey y no obstante lo que con su hija había pactado. Todo esto, juntamente con gran debilidad y con un humor del demonio, surgía por el menor pretexto, sirviendo para que la enferma expusiera todas sus amarguras.

— ¿Dónde está mistress Dombey? — solía preguntar á su criada.

— Ha salido, señora.

— ¡Ha salido! Siempre lo mismo, por no ver á su madre.

— ¡Por Dios, señora! Mistress Dombey ha ido á dar un paseo en coche con la señorita Florencia.

— Muy bien. No me hable usted de miss Florencia. ¡Cómo es posible que mi hija me posponga á esta

señorita! ¿Quién es ésta, comparada conmigo, para mi hija?

Para sosegarla y que no llorase la ponían su aderezo de brillantes, ó su sombrero de color de melocotón (así es como se pergeñaba para recibir á las personas que venían á verla) ó la adornaban de otro modo cualquiera. Entonces esperaba con bastante tranquilidad á que regresara su hija. Pero, cuando veía entrar á Edith tornaba á sus lamentaciones :

— Al fin ¿ya estás ahí?

— ¿Qué la pasa á usted, madre?

— ¿Qué? ¡Vamos, preguntarme lo que me pasa! ¡Qué engañoso es el mundo, qué ingrato! Positivamente no hay corazón en él, ni cosa parecida. Witheres es más hijo mío que tú : me atiende mucho más que mi propia hija. Casi desearía yo no parecer tan joven — y todo lo que se infiere de ello — puesto que acaso me considerarían más entonces.

— ¿Qué necesita usted, madre?

— ¡Muchas cosas!

— ¿Carece usted de algo? Pues será por culpa de usted.

— ¡Por culpa mía! ¡Tan cariñosa como he sido contigo, tratándote como una compañera, desde tu infancia! Y cuando prescindes en absoluto de mí y no me demuestras más cariño que si fuera yo una persona extraña, — ni la vigésima parte del cariño que demuestras á Florencia, verdad es que yo no soy más que tu madre — cuando haces todo esto, me dices que si algo me falta será por culpa mía!

— Madre, madre, no la censuro nada. ¿Vamos á volver otra vez al tema?

— ¿Acaso no es natural que vuelva yo, toda afecto,

toda sensibilidad, herida de un modo tan cruel por tus miradas?

— No tengo la intención de herirla, madre. Acuértese usted de lo que hemos convenido y olvídense de lo pasado.

— Si, olvidemos : olvidemos la gratitud, olvidemos el cariño, olvidemos que estoy abandonada en un cuarto. Sin sociedad, sin atenciones, mientras usted anda de visitas, extiende sus conocimientos y consagra su afecto á quienes no son nada suyo. ¡Dios mío! Edith, ¿no soy yo quien te ha proporcionado tu posición suntuosa presente?

— Sí; pero cálese.

— ¿Y á este caballeroso Dombey? ¿No te has casado con él, gracias á mí, y por consiguiente no es á mí á quien debes estado, posición, carruajes y todo lo demás?

— Sin duda, madre; sí señora.

— Tienes todo lo que te había faltado por la muerte de Granger. ¿Y á quién debes dar gracias por todo?

— A usted, madre; no hablemos más de esto.

— Bueno; pues entonces acércate y dame un abrazo. Demuestra que sabes apreciar el tener una madre como yo. Procura que no me convierta yo en un espantajo que dé miedo á fuerza de lamentarme por tu ingratitude; si continúo de este modo, cuando me presente de nuevo en sociedad no me conocerá nadie, ni siquiera ese malicioso animal de comandante!

A veces se acercaba Edith á su madre y la besaba; un beso helado. La madre se echaba atrás horrorizada, sufría un ataque de nervios y gritaba que iba á perder el juicio. Otras veces, estando en la cama, decía á Edith que se sentase al lado en una silla, y se

ponía á mirarla, meditando con una cara horrible, á pesar de las cortinas de color de rosa.

Pudo ayudar este cortinaje á la convalecencia de Cleopatra; pudo sonrosar con sus reflejos el colorete, la dentadura, las mangas cortas, los brillantes, todos los arreos de la muñeca rota delante del espejo; pudo de vez en cuando reflejar sobre un hablar confuso, disimulado con risita infantil, sobre las flaquezas de una memoria indómita, que iba y venía de manera fantástica, como burlándose de su fantástica ama.

Pero lo que no pudo hacer el cortinaje de color de rosa fué modificar la disposición de aquella madre para con su hija, fué colorear sus pensamientos y palabras. Lo que no pudo hacer el cortinaje de color de rosa fué matizar el frío rostro de Edith y suavizar con luz de amor filial tan áspera belleza.

CAPÍTULO XXXVIII

MISS TOX SACA PARTIDO DE UN ANTIGUO CONOCIMIENTO

La desconsolada miss Tox, abandonada por su amiga Luisa Chick y privada de ver á mister Dombey, estaba sumamente abatida y melancólica; ya no tenía gusto para nada; las dos tarjetas de participación de enlace de la nueva pareja, unidas por un hilo de plata, no se encontraban en el espejo de la chimenea, ni encima del clavicordio melodioso, ni en ningún otro mueble de los dos destinados por Lucrecia á exhibir lindas pequeñeces. Ni durante mucho tiempo volvió á oírse en la plaza de la Princesa el « vals del pájaro »; quedaron descuidadas las flores, y se cubrió de polvo el retrato del antecesor de miss Tox con su peluca y su coleta.

Sin embargo, no tenía miss Tox ni edad ni carácter para sumirse en tristeza por tiempo indefinido. Dos cuerdas nada más habían tenido tiempo de desafinarse en su clavicordio cuando de nuevo hizo resonar miss Tox con sus ágiles dedos el « vals del pájaro », alegrando su saloncito circular. Un tallo, nada más, de geranio había perecido por falta de cultura cuando miss Tox volvió á cuidar de sus tiestos. No hacía más que seis semanas que la peluca del antepasado estaba